

www.puntodelectura.com

LUIS LEANTE

Mira si yo te querré

punto de lectura



Luis Leante (Caravaca de la Cruz, Murcia, 1963) es licenciado en Filología Clásica por la Universidad de Murcia. Ha escrito teatro, poesía, ensayo, artículos periodísticos y guiones cinematográficos, y ha obtenido diversos premios literarios. En su obra destacan las novelas *Camino del jueves rojo* (1983), *Paisaje con río* y *Baracoa de fondo* (1997), *Al final del trayecto* (1997), *La Edad de Plata* (1998), *El canto del zaigú* (2000), *El vuelo de las termitas* (2003), *Academia Europa* (2003) y *Mira si yo te querré* (2007), galardonada con el Premio Alfaguara 2007. Entre sus libros de relatos, algunos de ellos adaptados al cine, cabe mencionar *El último viaje de Efraín* (1986) y *El criador de canarios* (1996).

LUIS LEANTE

Mira si yo te querré

Título: Mira si yo te querré

© 2007, Luis Leante

© Santillana Ediciones Generales, S. L.

© De esta edición: abril 2008, Punto de Lectura, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España) www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2111-2

Depósito legal: B-15.055-2008

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de portada: Beatriz Rodríguez

Fotografías de portada: © Alamy y Corbis

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

A Nieves

Cuando estoy en tierra extraña
y contemplo tus colores
y recuerdo tus hazañas
mira si yo te querré.

Banderita, tú eres roja,
banderita, tú eres gualda,
llevas sangre, llevas oro
en el fondo de tu alma.

Las Corsarias

Música y letra de Francisco Alonso

Duerme durante la mañana, durante la tarde, casi todo el tiempo duerme. Luego pasa en vela la mayor parte de la noche: una vigilia intermitente, con momentos de lucidez pasajera y otros de delirio o de abandono; con frecuencia, de desmayo. Un día tras otro, durante semanas. No hay frontera en el paso del tiempo. Cuando consigue mantenerse un rato despierta, intenta abrir los ojos y, entonces, cae de nuevo en el vértigo del sueño: un sueño profundo del que le resulta difícil regresar del todo.

Hace días que en los escasos momentos de lucidez distingue voces de extraños. Las escucha lejanas, como si vinieran de otra habitación o de lo más profundo de su sueño. Sólo de vez en cuando las oye a su lado, muy cerca. Sin estar segura, le parece que los desconocidos hablan en árabe. Lo hacen en susurros. No entiende nada de lo que dicen, pero el sonido de las voces, lejos de inquietarla, le resulta reconfortante.

Le cuesta trabajo pensar; mucho trabajo. Si hace algún esfuerzo para averiguar dónde se encuentra, siente una gran fatiga y, enseguida, se ve sumida en el temido sueño. Lucha por no quedarse dormida, porque las alucinaciones la atormentan. Una y otra vez se ve asaltada

por la misma imagen: la pesadilla del escorpión. Incluso despierta teme abrir los ojos por si el arácnido ha sobrevivido al sueño. Pero, aunque lo intenta, sus párpados permanecen pesadamente sellados.

La primera vez que abre los ojos no logra ver nada. La luz de la habitación la deslumbra y la ciega como si hubiese estado todo el tiempo en una mazmorra. Sus párpados vuelven a ceder al peso. Pero ahora, por primera vez, es capaz de distinguir entre la realidad y el sueño.

—*Skifak? Esmak?* —dice alguien muy quedo.

Es una voz de mujer que le habla con mucha dulzura. Aunque no entiende las palabras, el tono al menos le resulta cordial. Reconoce la voz que ha estado escuchando en los últimos días o las últimas semanas, unas veces muy cerca del oído y otras a lo lejos, como en la habitación contigua. Sin embargo, ella no tiene fuerzas para contestarle.

Aun consciente, no puede apartar de su cabeza la imagen del escorpión, que sobrepasa los límites de la pesadilla. Incluso le parece sentir el caparazón y las patas ascendiendo por su pantorrilla. Hace un esfuerzo para convencerse de que no está sucediendo de verdad. Intenta moverse, aunque no tiene fuerza. En realidad fue una picadura seca y corta, como el pinchazo de una aguja. Si no hubiera sido por los gritos de aquella mujer que le advirtió, «¡Señorita, señorita! ¡Cuida, señorita!», ni siquiera lo habría visto. Se volvió a mirar en el momento en que metía el brazo en el albornoz. Y entonces vio el escorpión prendido del forro y supo que acababa de picarle. Tuvo que taparse la boca para no gritar, pero finalmente se contagió de las voces de las mujeres que, sentadas o en cuclillas, la miraban horrorizadas.

Nunca está segura de cuál era su última postura. Unas veces se despierta boca arriba y otras boca abajo. Por eso sabe que alguien la está cambiando de posición, sin duda para que no se llague. Lo primero que ve son las sombras de los desconchones del techo. Por una ventana pequeña y demasiado elevada entra una luz muy escasa. No sabe si anochece o amanece. No se oyen ruidos que delaten la vida fuera de aquella habitación. Junto a la otra pared descubre una cama desvencijada y con robín. El corazón le da un vuelco al comprender que es una cama de hospital. No tiene colchón. El somier exhibe sin recato sus mellas y el abandono. Entre las dos camas, una mesilla metálica de un blanco antiguo, salpicado por la ruina de su decrepitud. La mujer siente por primera vez el frío. Agudiza el oído para reconocer cualquier sonido que le resulte familiar. Es inútil, no se oye nada. Intenta hablar, pedir ayuda, pero no es capaz de articular palabras. Gasta sus escasas fuerzas en llamar la atención de quien pueda oírla. De repente se abre la puerta y aparece la cara de una mujer a la que no había visto nunca. No tarda en percatarse de que es una doctora o una enfermera. La *melfa* de colores vistosos la cubre desde las pantorrillas hasta la cabeza. Encima lleva una bata verde, cerrada con todos los botones. Al verla despierta, la enfermera hace un aspaviento y tarda unos instantes en reaccionar.

—*Skifak? Skifak?* —le pregunta atropelladamente.

Aunque no entiende lo que le dice, supone que le está preguntando cómo se encuentra. Pero ella no puede mover ni un músculo de la garganta para responder. La sigue con el movimiento de los ojos, tratando de reconocer

los rasgos de aquella muchacha bajo la *melfa*. La enfermera sale de la habitación dando voces y no tarda en regresar acompañada de un hombre y otra mujer. Hablan entre ellos con precipitación, aunque sin levantar demasiado la voz. Los tres llevan bata. Las mujeres, encima de la *melfa*. El hombre le coge el brazo y le busca el pulso en la muñeca. Pide silencio a las dos mujeres. Le abre los párpados a la paciente y examina meticulosamente sus pupilas. La ausculta con el fonendoscopio. La mujer siente el contacto del metal en su pecho como una tea. El rostro del médico refleja perplejidad. La enfermera había salido de la habitación y ahora vuelve con un vaso de agua. Entre las dos mujeres intentan incorporar a la paciente y le dan de beber. Sus labios apenas se abren. El agua se escapa por las comisuras y le escurre por el cuello. Al acostarla de nuevo, ven que los ojos de la mujer se quedan en blanco y entra en un profundo sueño, el mismo estado en que se encuentra desde hace casi cuatro semanas, cuando la trajeron convencidos de que estaba muerta.

«¡Señorita, señorita! ¡Cuida, señorita!» Ha oído tantas veces esa voz en sus sueños, que ya le resulta familiar. «¡Cuida, señorita!», pero no supo a qué venían aquellos gritos hasta que no vio el escorpión prendido en el forro del albornoz. Y enseguida comprendió que le había picado. Se contagió de los gritos de las otras mujeres, que se tapaban la cara y se lamentaban como si hubiera ocurrido una terrible desgracia. «*Allez, allez*», gritó ella a su vez, intentando hacerse oír por encima del griterío.

«Venid conmigo, no os quedéis aquí. *Allez.*» Las mujeres no la entendían, o no querían entenderla. Se tapaban el rostro con el pañuelo y no paraban de lamentarse. Finalmente perdió los nervios y empezó a increparlas y escupirles insultos. «Sois unas estúpidas, unas necias. Si no luchamos por salir de aquí, tendremos que aguantar que nos ultrajen. Es vergonzoso que os dejéis tratar así. Esto es peor que la esclavitud, esto es... Esto...» Se calló, abatida, al comprender que no la entendían ni le prestaban atención. Al menos consiguió que dejaran de gritar. Se quedó quieta y en silencio frente a aquellas veinte mujeres que, paralizadas por el miedo, evitaban cruzar con ella las miradas. Esperó alguna reacción, pero ninguna dio un paso adelante. Al contrario, se acurrucaron como palomas en el extremo de aquella prisión, buscando el amparo de las otras, rezando y cubriéndose el rostro. Por primera vez pensó en el escorpión. Sabía que de las mil quinientas especies que viven sobre la Tierra, sólo veinticinco son venenosas. Rápidamente apartó la idea de su mente. No había tiempo que perder. Ahora estaba segura de que si no había acudido nadie a los gritos era porque las habían dejado solas, sin vigilancia. Terminó de ponerse el albornoz sobre los hombros y se cubrió la cabeza con la capucha. «Haced lo que os parezca, pero yo me voy.» Tiró de la puerta y, tal como suponía, la encontró cerrada con candado. Lo tenía todo previsto desde que amaneció. De una patada fuerte partió las tablas de la parte de abajo. La madera estaba tan seca que saltó en miles de astillas. Esperó un poco y, viendo que no acudía nadie, volvió a golpear la puerta. Ahora el hueco era de dimensiones considerables. Se recogió el albornoz y se arrastró hacia el exterior.

La luz del mediodía era intensa. «No, señorita, no» fue lo último que escuchó antes de alejarse unos pasos. Sentía las piernas temblorosas, y sus andares eran poco seguros. Hacía más de diez días que no caminaba un trayecto tan largo sin que la vigilaran, los diez días que llevaba encerrada junto a otras veinte mujeres en aquella especie de caseta sin ventanas, construida con bloques de cemento, ladrillo y un techo de uralita que hacía irrespirable el aire. Aunque sólo había visto el pequeño oasis durante escasos minutos la mañana en que las trajeron para encerrarlas, conocía por los sonidos cada uno de los rincones. En el centro estaba el agujero del pozo y una garrucha para sacar agua. A escasos metros, una enorme lona hacía las veces de tienda; allí tomaban té los hombres a todas horas y charlaban y discutían. Había basura por todas partes. Bajo las palmeras, una tienda más consistente, con una alfombra en la puerta, servía de refugio a Le Monsieur. En las nueve últimas noches había escuchado durante horas, en el silencio del desierto, sus roncidos estremecedores.

Descubrió el brillo metálico del Toyota cerca de la tienda. No se veía nadie alrededor. No había más vestigios del camión que las marcas de las ruedas alejándose hacia la inhóspita *hammad*. La mujer trataba de controlar los nervios y la euforia que le producía verse libre. Apenas fue consciente de la severidad con que el sol en su cenit castigaba la tierra. No lo pensó más: apretó el paso y se encaminó hacia el vehículo todoterreno. Caminaba sin llegar a correr, pero con determinación, sin dejarse dominar por el pánico que empezaba a sentir. No miró ni una sola vez hacia atrás, ni siquiera hacia los lados.

Por eso, cuando oyó que alguien la llamaba, el corazón le dio un vuelco. Pero no se detuvo, caminó con la misma decisión y sólo giró el cuello cuando reconoció la voz que la seguía. Era Aza, la única saharai del grupo. Venía detrás, con la *melfa* caída sobre los hombros, sujetándola con las dos manos para no pisarla al correr. «Voy contigo, espera, voy contigo», le dijo en un castellano correcto. Entonces la esperó y la cogió de la mano. Corrieron juntas el último tramo hasta llegar al Toyota. Abrió la puerta del conductor y le hizo un gesto a Aza para que montara por el otro lado. La saharai subió con presteza. Permanecieron un rato sentadas en silencio, mirando alrededor, como si temieran que alguien las hubiera visto correr hasta el vehículo. «Nos vamos, Aza. Ya terminó esta pesadilla.» La mujer palpó el contacto del coche buscando la llave. Inmediatamente palideció. «¿Qué pasa? —preguntó la saharai—. ¿Tienes miedo?». Ella le mostró las palmas de las manos vacías. «No está la llave en su sitio.» Aza tardó un rato en comprender lo que quería decir. No se inmutó; hizo un gesto con las dos manos y se las puso en el corazón. Luego se inclinó y metió una mano bajo su asiento. Enseguida sacó una llave negra, llena de polvo. «¿Esto es lo que necesitas?» La mujer tomó la llave y la introdujo en el contacto. Al momento el todoterreno rugió. Fue a preguntarle algo a la saharai, pero ella se adelantó. «Así lo hacen en los campamentos. Las llaves no deben estar al alcance de los niños. Los niños son traviesos. Son niños.»

El vehículo comenzó a desplazarse. Si hubiera algún vigilante, ya habría acudido al sonido del motor. Definitivamente las habían dejado solas. Tardó unos

segundos en hacerse con los mandos del coche y con los pedales. Siguió las rodadas de otros vehículos y fue cogiendo velocidad para encaminarse hacia la lejana línea del horizonte. El sudor le escurría por la frente pero, en vez de sentir calor por la agitación y los nervios, cada vez tenía más frío. «Por ahí no», gritó Aza. «¿Por qué? ¿Conoces otro camino?» «No hay caminos en el desierto. Por ahí no hay agua, y no llevamos nada para beber.» Levantó el dedo y señaló un punto hacia el sudoeste. «Por allí.» La mujer obedeció sin rechistar. Giró la dirección del todoterreno y dio la vuelta en redondo, hacia donde no había marcas de neumáticos. Sin querer vio el marcador de la gasolina: quedaba un cuarto de depósito. Aza se mantenía atenta a la línea del horizonte. El vehículo avanzaba dando enormes tumbos que sacudían a las dos mujeres. No hablaban. Inexplicablemente el sudor se le fue enfriando hasta provocarle escalofríos. Ahora sintió por primera vez escozor en el cuello, donde le había picado el escorpión. Respiraba fatigosamente, pero lo achacó a los nervios. Aza supo enseguida que algo no iba bien. La mujer, mientras se aferraba al volante, notaba flojedad en las piernas y el corazón latiendo de forma arrítmica. De perfil, su rostro se veía muy avejentado. La saharauí sabía lo que le estaba sucediendo, por eso cuando se detuvo el Toyota no le preguntó nada. «No puedo seguir, Aza, no tengo fuerzas —dijo la mujer después de permanecer un rato en silencio—; tendrás que conducir tú». «Nunca he manejado, no podría moverlo ni un metro. Es mejor que descanses un poco y lo intentes después.» «No estoy bien, Aza.» «Lo sé: te picó ese escorpión. Tuviste mala suerte.»

De repente, por encima del ralenti del todoterreno se escuchó un sonido más potente. A lo lejos apareció la silueta de un camión que, dando tumbos, se dirigía hacia ellas. «Nos encontraron», dijo Aza. La mujer, haciendo un esfuerzo, pisó el pedal del acelerador y se agarró al volante tan fuerte como pudo. El todoterreno, aun siendo más veloz, tropezaba contra todos los montículos, avanzaba en zigzag y perdía distancia respecto al otro vehículo. Era cuestión de tiempo que les cortaran el paso y les impidieran seguir. Cuando las tuvieron cerca, los hombres del camión comenzaron a gritarles en árabe y en francés. Le Monsieur, con su anacrónico uniforme de legionario español, fue cambiando la severidad de su rostro por una leve sonrisa. Iba sentado junto al conductor, indicándole el lugar por donde debía abordar las arenas o rodear las piedras. Apoyado sobre una rodilla y sujeto con ambas manos, llevaba su Kaláshnikov con el cargador lleno. Al volante, la mujer iba viendo cada vez más puntos negros ante sus ojos. Apenas tenía fuerza para pisar el acelerador. Finalmente el vehículo entró en un banco de arena y se quedó clavado tras un brusco traqueteo. Aza se golpeó contra el salpicadero del coche y se abrió una brecha en la frente. La saharauí sintió el sabor de su sangre escurriéndose por los labios. Antes de reaccionar vio a los hombres de Le Monsieur rodeando el coche. En sus ojos se veía el brillo de la rabia, disimulado bajo una falsa sonrisa. Abrieron las dos puertas del vehículo y les gritaron para que se bajaran. La saharauí obedeció enseguida, pero la otra mujer apenas podía moverse. «Que bajes, te digo.» «Tienes que llevarla a un médico —gritó Aza, cargándose de valor—, la picó

un escorpión». El legionario estalló en una carcajada grotesca. La mujer apenas podía oírlo. Sólo sintió sus manazas agarrándola de un brazo y tirando de ella fuera del coche. Cayó violentamente al suelo y ya no pudo levantarse. «¡Conque un escorpión!» Escupió sobre ella e hizo el ademán de darle una patada, pero se detuvo a un palmo de su cabeza. «¿Adónde cojones creíais que ibais a llegar? Malditas fulanas. Tú deberías saber —dijo, dirigiéndose a Aza— que de aquí es imposible escapar. ¿O eres tan estúpida como ella?». La mujer desde el suelo hacía esfuerzos para pedir ayuda, pero no le salían más que balbuceos. No obstante aún tenía suficiente lucidez para reconocer los gritos de Aza. Aunque no podía verla, sabía que le estaban pegando. Incomprensiblemente se sintió culpable. Ahora un terrible fuego le abrasaba la garganta y le impedía pronunciar una sola palabra. En el escaso campo de visión que le dejaban las botas del legionario, vio a la saharauí correr hacia la línea del horizonte. Corría evitando la línea recta, tropezando con su *melfa*. Caía y se volvía a levantar. Corría torpemente pero con todas sus fuerzas. El legionario dejó el Kaláshnikov sobre el capó del Toyota y le pidió el rifle a uno de sus hombres. La mujer vio toda la escena, como ralentizada, desde el suelo. Le Monsieur se apoyó el rifle en el hombro, apartó la barba canosa y larga, para no pillársela, y se tomó todo el tiempo necesario hasta tener a la saharauí en la mira del arma. Aza corría cada vez con menos intensidad, como si estuviera segura de que antes o después iban a cogerla. La agonizante carrera se fue quedando en una marcha a paso ligero, luchando por no mirar atrás ni quedarse quieta. De repente se escuchó

una detonación seca, y la silueta de Aza se desplomó sobre el suelo pedregoso de la *hammad*. Como una señal de luto, en un instante se había levantado un viento inesperado que poco a poco fue tomando fuerza. Lo último que vio la extranjera antes de que los párpados se le cerraran fue una enorme cortina de arena que ocultaba la profunda inmensidad del Sáhara.

La paciente ha dado un grito y luego ha abierto los ojos. Enseguida la enfermera le tiene ya la mano cogida. No le dice nada; se limita a contemplar los ojos de la mujer como quien contempla a una recién llegada. Intenta calcular su edad: cuarenta, cuarenta y cinco. Sabe que en cualquier parte se envejece mejor que en el Sáhara.

—¡Aza, Aza!

Sin duda, está delirando. La enfermera le pasa la mano por la frente e intenta tranquilizarla. Está segura de que ahora la mujer puede verla y escucharla. Le susurra palabras en hasaní, con la vaga esperanza de que la entienda. Le da un poco de agua. Le habla en francés. Intenta hacerse entender en inglés. Prueba en todos los idiomas que conoce.

—¡Aza, Aza! —vuelve a gritar la mujer, ahora con los ojos muy abiertos—. Han matado a Aza.

La enfermera siente un escalofrío al oírla. Intenta no perder la sonrisa.

—Hola. ¿Cómo estás? ¿Eres española?

La mujer la mira y se tranquiliza. Agarra con fuerza la mano de la enfermera.

—¿Dónde estoy?

—En un hospital. Estás viva, no hay peligro. Llevas muchos días durmiendo. ¿Eres española?

—Han matado a Aza.

La enfermera piensa que está delirando. Hace muchos días que no se ha separado de la cama de la mujer. Aquel rostro sin vida le llamó poderosamente la atención desde el momento en que lo bajaron de un vehículo militar. Ella era la única que parecía convencida de que iba a vivir. Ahora estaba segura de que Dios había oído sus plegarias.

—Tienes la *baraka* —dice—. Ha sido bendición de Dios.

La enfermera se retira la *melfa* de la cabeza y deja al descubierto el cabello negro y muy brillante. No puede parar de sonreír. No quiere soltar la mano de la desconocida ni siquiera para correr a dar la noticia de que está consciente después de muchas semanas. Se lleva la mano al corazón y luego le pone la palma abierta sobre la frente.

—Me llamo Layla —dice—. ¿Cómo te llamas tú?

La mujer siente una gran paz al ver la sonrisa de Layla. Hace un esfuerzo para hablar.

—Montse. Me llamo Montse.

Desde el barracón que hacía las veces de calabozo, el cabo Santiago San Román llevaba todo el día observando un movimiento anormal de tropas. Cuatro metros de ancho por seis de largo, un colchón sobre un somier con cuatro patas, una mesa, una silla, una letrina muy sucia y un grifo.

Querida Montse: pronto haré un año que no sé nada de ti.

Había tardado casi una hora en decidirse a escribir la primera frase y ahora le parecía afectada, poco natural. El sonido de los aviones que tomaban tierra en el aeródromo de El Aaiún lo devolvió a la realidad. Miró la cuartilla y ni siquiera reconoció su propia letra. Desde la ventana del barracón no alcanzaba a ver más que la zona de seguridad de la pista y una parte del hangar. Lo único que distinguía con claridad eran las cocheras y los Land-Rover entrando y saliendo sin parar, camiones cargados de lejías novatos y coches oficiales en un extraño ir y venir. Por primera vez en siete días no le habían traído la comida, ni le habían abierto la puerta a media tarde para que pudiera estirar las piernas en uno de los extremos de

la pista del aeródromo. Llevaba una semana sin cruzar apenas palabra con nadie, comiendo un chusco duro y una sopa sosa, sin apartar la vista de la puerta ni de la ventana, esperando a que vinieran en cualquier momento para montarlo en una aeronave y sacarlo de África para siempre. Le habían asegurado, en tono amenazador, que sería cuestión de un día o dos, y que luego tendría toda la vida para añorar el Sáhara.

El tiempo se había detenido para el cabo San Román en la última semana, desde que lo trasladaron de los calabozos del cuartel del 4º Tercio de la Legión hasta el aeródromo para enviarlo a Gran Canaria y someterlo a juicio militar, lejos de las revueltas que se estaban produciendo en la provincia africana. Pero las órdenes parecían haberse perdido en el camino, y todo se paralizó sin ninguna explicación. No había diferencia entre los días y las noches: el nerviosismo y la ansiedad por la espera le habían provocado insomnio. Y las pulgas contribuían a la inquietud y a la desazón. Lo único que alteraba la monotonía era el rato que pasaba al pie de la pista del aeródromo, vigilado por un abuelo lejía que siempre lo amenazaba antes de subir a su torre: «Si das más de diez pasos seguidos o echas a correr, te levanto la tapa de los sesos». Y le enseñaba el Cetme sin poner mucho entusiasmo, como si estuviera seguro de que aquel cabo había comprendido que hablaba en serio. Era el único momento del día en que se sentía aliviado de la prisión, y miraba el horizonte, y buscaba con la vista los tejados de la ciudad, con sus techos blancos de medio huevo, y aspiraba el aire seco intentando llenar sus pulmones como si fuera la última vez que pudiera hacerlo. Pero aquel día

de noviembre nadie le trajo el desayuno, ni la comida, ni acudió ningún vigilante a sus gritos que reclamaban el alimento. No había señales de vida cerca de los barracones. Todo el movimiento se concentraba en la pista del aeródromo o en los hangares. A la hora del paseo nadie vino a abrirle la puerta. A media tarde ya estaba seguro de que algo anormal estaba ocurriendo. Sólo cuando el sol estaba a punto de rozar el horizonte se escuchó el motor de un Land-Rover, y al mirar por la ventana vio los faros encendidos del vehículo que daba la vuelta al barracón. Y esperó sentado en el colchón, intentando mantenerse sereno, hasta que oyó el cerrojo de la puerta y apareció la figura de Guillermo vestido con el traje de paseo, correaes impecables y guantes blancos en la mano, como si se preparase para un desfile. Detrás, un vigilante al que no había visto antes, con el Cetme colgado al hombro.

—Tienes visita —dijo lacónicamente, y cerró la puerta detrás de Guillermo.

Al cabo San Román no le dio tiempo a reclamar su comida. De repente se sintió sucio. Estaba incómodo delante de su amigo; más bien avergonzado. Se situó junto a la ventana y se apoyó en la pared. Hacía más de veinte días que no se veían, desde aquella tarde aciaga en que se disponía a salir de paseo con un petate que no era suyo.

Guillermo iba hecho un figurín. Tampoco sabía qué decir. Sujetaba la gorra de legionario con las dos manos, haciéndola un burujo con los guantes. Se mostraba tenso y era incapaz de disimularlo. Finalmente dijo:

—¿Sabes ya la noticia?

Santiago no respondió, pero esperaba alguna catástrofe. De cualquier modo nada podía empeorar su situación.

—Se ha muerto el Caudillo —dijo, tratando de provocar alguna reacción en su amigo—. De madrugada.

El cabo San Román se volvió ligeramente para mirar al otro lado de la ventana. La noticia no parecía afectarle. A pesar de la hora, el movimiento de aviones no había cesado.

—¿Entonces era por eso?

—¿El qué?

—Por eso están yendo y viniendo todo el día. No paran de embarcar tropas. Pero no sé si las traen o se las llevan. Hace una semana que todo anda revuelto, y nadie me aclara nada. Está pasando algo más, ¿verdad?

Guillermo se sentó sobre el colchón sudado y sucio. No se atrevía a mirar fijamente a su amigo.

—Marruecos nos está invadiendo —dijo.

Sobre la mesa permanecía una carta que nunca iba a ser escrita ni enviada. Los dos miraron a la vez el papel amarillento y luego cruzaron sus miradas.

—Guillermo —dijo el cabo con la voz entrecortada—, van a fusilarme, ¿verdad? Por lo que me cuentas, si aún estoy aquí es porque necesitan los aviones para otras cosas, y no para sacar de aquí a un...

—¿Traidor? —dijo Guillermo con espontánea maldad.

—¿Tú también lo crees?

—Todo el mundo lo dice. Y a mí no me has demostrado lo contrario.

—¿Para qué? ¿Ibas a creerme?

—Prueba.

Santiago se acercó a la mesa, arrugó la cuartilla, la hizo una bola y la lanzó a la letrina. Guillermo no perdió detalle de cada movimiento. Luego añadió:

—Nos van a sacar de aquí. No quieren la guerra con Marruecos. Dicen las malas lenguas que ya han vendido la provincia en secreto a Hasan y a Mauritania.

—No me importa nada de eso. Tú te licenciarás dentro de un mes, volverás a tu casa, y yo...

—Tú también volverás. En cuanto lo aclares todo, te licenciarán.

El cabo San Román se quedó callado, intentando no manifestar todas las dudas que lo atormentaban. El estruendo de un avión tomando pista invadió el silencio del barracón. Fuera, un cielo rojo se confundía con la línea del horizonte, inflamada por el reflejo.

—Mira, Santi, ya sé que no querrás hablar de eso, pero necesito preguntártelo para quedarme tranquilo.

El cabo San Román volvió a ponerse tenso. Clavó la mirada en la de su amigo y procuró no achantarse. Guillermo apartó los ojos, pero no se echó atrás en su intención.

—En el cuartel dicen que estás con los traidores y los vendepatrias, que eres un terrorista. No digo que yo lo piense, pero quiero que tú me lo digas.

Santiago, finalmente, se sintió sin argumentos y sin fuerzas. Se dejó caer, apoyada la espalda en la pared, hasta quedar sentado en el suelo. Se cubrió la cara con las dos manos. Estaba más avergonzado que incómodo.

—Te juro, Guillermo, que yo no sabía nada. Te lo juro por mi madre, que está muerta.

—Te creo, Santi, te creo. Pero desde que te arrestaron no me han dejado hablar contigo. Estoy harto de partirme la cara por ti.

—Pues no lo hagas; no merece la pena. Me van a fusilar de todas maneras.

—No digas gilipolleces: no van a fusilarte. En cuanto lo aclares, te licenciarán; como mucho, quedarás fichado, pero nada más.

—Querrán saberlo todo, que les dé nombres, que...

—Pero si me dices que no sabías nada no tienes que tener miedo.

—Te lo juro: yo no sabía nada. Pensaba que aquel petate sólo llevaba ropa sucia.

Guillermo clavó entonces una mirada acusadora en su amigo. A pesar de la poca luz, el cabo San Román advinó, sólo con mirarlo, lo que pasaba por la cabeza de su compañero.

—Santi, aquella ropa sucia, como tú dices, pesaba más de quince kilos.

—¿Y qué? ¿Crees que soy un estúpido? Supuse que entre la ropa iría algún carburador, unas bielas viejas. Yo sabía que todo no era trigo limpio, pero la gente lo hace. Tú lo sabes: todo el mundo lo hace. Carburadores, botas, chatarra...

—Sí, Santi, pero aquella chatarra eran granadas, detonadores y no sé cuántas cosas más. En el cuartel dicen que con aquello se podía haber volado el Parador Nacional.

—Pero yo no pretendía volar nada. Sólo estaba haciendo un favor, como tantas otras veces; nada más que un favor.

—¿A esa muchacha? ¿Era a esa muchacha a quien le estabas haciendo el favor?

El cabo San Román se puso en pie como si le hubieran colocado un resorte. Apretó los puños y permaneció clavado delante de Guillermo. Tenía las mandíbulas encajadas y casi se escuchaba el rechinar de sus dientes.

—Eso no es cosa tuya. No te metas en mi vida, ¿me oyes? Te lo he dicho muchas veces. Ya soy mayor para hacer lo que me dé la gana y para ir con quien quiera.

Guillermo se levantó, tremendamente dolido, y se colocó junto a la ventana. Todo aquel asunto le producía una enorme tristeza. Le dio la espalda a Santiago mientras veía las primeras estrellas que se dibujaban en el cielo. Fuera, el aire era puro y fresco. La belleza del paisaje contrastaba con la angustia que sentía en aquel momento. Respiró profundamente y creyó sentir un alivio que resultó pasajero.

—Mira, Santi, he tenido que hacer un gran esfuerzo para venir a verte. No puedes imaginar el trabajo que me ha costado llegar hasta aquí. Nos tienen acuartelados, en espera de novedades. Me enteré por casualidad de que no te iban a trasladar hasta dentro de dos semanas; por eso vine.

De nuevo se quedaron en silencio. Parecía que a Guillermo le faltaban fuerzas para seguir hablando. Si no hubiera conocido muy bien a su amigo, habría asegurado que estaba llorando. Pero no, Santiago San Román nunca había llorado, jamás, y menos delante de testigos. Por eso sintió una gran turbación cuando lo vio levantarse entre las sombras, acercarse a él y abrazarse como

un niño desvalido. Se quedó paralizado, sin saber qué decir, hasta que sintió las lágrimas de Santiago contra su cara y no pudo hacer otra cosa que responder a su gesto y abrazarlo con todas sus fuerzas y consolarlo como si fuera un chiquillo. Y aún se sorprendió más cuando escuchó sus palabras reveladoras y entrecortadas en el oído.

—Estoy asustado, Guillermo, te lo juro. Nunca pensé que llegaría a decir nada parecido, pero es la pura verdad.

Guillermo trató de no enternecerse. En la penumbra llegó a pensar que no era realmente el cabo San Román quien le hacía aquella confesión. Se sentaron sobre el colchón mientras Santiago trataba de serenarse.

—Tienes que hacerme un favor muy grande, Guillermo. Sólo tú puedes ayudarme.

El legionario se puso en guardia, temiendo lo que le podía venir encima. No se atrevió a responder.

—Necesito que me ayudes a salir de aquí. Guillermo, tienes que ayudarme. Es posible que tarden mucho en llevarme a Canarias. Si se ha muerto el Generalísimo, las cosas van a andar muy revueltas.

—Las cosas andan muy revueltas hace ya mucho tiempo.

—Por eso. Nadie se va a preocupar por un cabo de mierda que se escape de un barracón de mierda. Es muy sencillo, Guillermo. No te caerá más de un mes de calabozo. Así no tendrás que luchar contra esos moros.

—No tienes derecho a pedirme eso.

—Lo sé, pero si tú me lo pidieras yo lo haría con los ojos cerrados. Es muy fácil, compañero, y el único que corre peligro soy yo, si me cogen.

—Estás loco, San Román —dijo, y al utilizar el apellido quiso mantenerse lo más distante posible, sin dejarse enredar—. Si te cogen es cuando te fusilarán.

—Nada peor puede pasarme ya. Lo que te pido es que te comes al furriel para que te mande de guardia aquí. Por las tardes me sacan un rato al final de la pista, donde dan la vuelta los aviones. Sólo necesito que me dejes doscientos metros de ventaja antes de empezar a dispararme. Con doscientos metros puedo llegar hasta esas cocheras y coger un Land-Rover. Después todo corre de mi cuenta.

—Estás loco: antes de que hagas el puente te habrán cogido.

—No, porque me llevaré uno de la Policía Territorial. Los saharauis dejan siempre la llave bajo el asiento de la derecha. Tienen esa costumbre, lo sé bien. No debes preocuparte por nada; sólo dejarme doscientos metros antes de disparar. Lo haría por mi cuenta, pero no me fío: igual me toca un manchego de esos que saben mucho de caza, y me deja tieso.

Guillermo no respondió. Le sudaban las manos sólo de pensarlo. Ahora las luces del hangar se colaban de refilón por la ventana. Se puso en pie y comenzó a recorrer en una y otra dirección los seis metros del calabozo. Ya no se escuchaba el ruido de los aviones despegando.

—Olvídalo —dijo finalmente el cabo San Román—. Es una estupidez. Si van a llevarme a un tribunal militar, cuantos menos cargos tengan contra mí, mejor. Además, no quiero privarte del placer de dispararles a los marroquíes. Llevo todo el día sin comer, ¿sabes? Un hombre con el estómago vacío no puede decir más que tonterías.

De repente Santiago comenzó a dar voces para llamar la atención de los de guardia.

—¡Vais a matarme de hambre! Sois unos cabrones de mierda. Ojalá os corten el pescuezo ahí fuera. ¡Cobardes de mierda! ¡Acojonaos! Eso es lo que sois. Cuando os cojan prisioneros los moros, vais a pagar lo que estáis haciendo conmigo.

El legionario parecía poseído por una fuerza que le dictaba aquella sarta de insultos. Ni siquiera su voz parecía la misma. Guillermo se echó hacia atrás, buscando la salida. No sabía qué hacer ni qué decir. Se abrió la puerta del barracón y apareció el mismo soldado con el Cete entre las manos y el dedo en el gatillo. En cuanto lo vio, Guillermo se escabulló afuera intentando no mostrar su intranquilidad. Se cerró la puerta y todo volvió a quedar en calma. El Land-Rover se alejó y enseguida se perdió de vista.

Solo de nuevo, el cabo San Román se agarró a los barrotes del calabozo y sacó cuanto pudo la nariz y la boca para atrapar el aire puro. Un viento agradable y seco hacía difícil creer que el otoño declinaba ya. El olor de la tierra, tras las últimas lluvias, era más intenso que nunca. Una luna descarada iluminaba las dunas a lo lejos y dejaba en evidencia incluso al astuto zorro. Las luces de la pista del aeródromo llegaban de soslayo hasta el barracón. Por un instante la imagen de Andía se le apareció clara, como si estuviera delante de ella. Incluso le pareció que podía escuchar su voz y oler su piel morena. El eco de un cornetín muy lejano rompió el silencio y la imagen de la muchacha. Inexplicablemente el legionario iba sintiendo una sensación de placer que le hacía gozar

hasta con el roce del aire en su cara. Aquel olor le daba fuerzas y lo hacía volar por encima del aeródromo, por encima de El Aaiún, por encima del Sáhara. Con los ojos entreabiertos reconoció aquella sensación como la misma que recorrió todo su cuerpo, igual que un escalofrío, una mañana de diciembre de 1974, cuando el portón del avión Hércules se abrió ruidosamente y cayó la rampa que le franqueaba el paso al más hermoso y cegador de los desiertos. Venía de soportar el seco cierzo de Zaragoza durante los días que duró el campamento, y jamás había podido imaginar que lo que le esperaba en la pista de El Aaiún iba a marcarlo para siempre. Pasó en pocas horas de una luz mortecina de invierno al intenso azul del cielo del Sáhara. Los noventa y tres soldados que habían cambiado voluntariamente la infantería por la Legión se quedaron sentados en los bancos del Hércules, sin moverse, hasta que la voz cazallera de un sargento chusquero los sacó de su ensimismamiento. «De pie todo el mundo», gritó el legionario, partiéndose el pecho. Y los noventa y tres novatos se pusieron en pie al mismo tiempo, antes de que acabara la frase. Pero la mente de Santiago San Román ya estaba fuera de la aeronave C-130. Bajó la rampa como flotando, cargado con su petate y abriéndose la camisa como aquellos lejías que esperaban abajo, inflando pecho, hombros atrás, barbilla alta, mirada al frente. Se colocó el primero en la formación, se alineó el primero y sintió antes que nadie el aire tibio de diciembre, el más tibio de los diciembres, tan distinto de su Barcelona. Un cosquilleo le recorría todo el cuerpo según iba viéndolo todo con el rabillo del ojo. Le llamaron la atención, entre tanta insignia y bandera, los uniformes

de la Policía Territorial: aquellas guerreras claras que hacían resaltar la piel oscura de los saharauis. Enfrente, el edificio de oficinas. Una enorme terraza lo cruzaba de extremo a extremo, casi a la altura del tejado, y, sobre la terraza, los turbantes negros y azules, los vestidos largos, como chilabas, parecían puestos para alegrar el color rojizo y monótono del paisaje. El ronroneo de los Land-Rover, las hélices ruidosas del Hércules, las instrucciones que se oían por megafonía, todo resultaba una gran representación preparada para los recién llegados, ensayada durante años para los soldaditos que iban y venían de la Península. Le pareció que aquello había estado allí durante siglos, esperando el momento en que Santiago San Román bajara del avión para atraparlo. El desierto y las caras de los saharauis le parecieron las cosas más viejas que existían sobre la Tierra. Todo estaba en equilibrio: el paisaje, la luz, los rostros de los nativos. Sin embargo, volvió a la realidad al ver la cara pálida de Guillermo, su fiel amigo Guillermo, a quien sólo conocía desde hacía cuarenta días, pero del que se había vuelto inseparable. Estaba muy pálido y le costaba trabajo mantenerse vertical. Enseguida se dio cuenta de que su compañero lo había pasado mal en el viaje. Le chistó para que lo mirase, pero Guillermo apenas levantó los ojos y volvió a clavarlos en el suelo. Santiago San Román se sintió en cierta medida culpable, pues si no hubiera sido por él su amigo estaría ahora en algún destino tranquilo en Zaragoza, esperando que los meses pasaran rápidos para licenciarse y recoger «la blanca». Pero él se había interpuesto en su camino, y también un alférez legionario que se presentó en Zaragoza y les habló de la Legión,

les enseñó los tatuajes, les mostró fotografías y una proyección en Súper 8, en donde los legionarios marchaban con paso marcial, detrás del carnero, pecho por delante; y Santiago decidió que Zaragoza estaba demasiado cerca de Barcelona. Intentó calcular mentalmente la distancia que había entre la provincia del Sáhara y su barrio, y concluyó que en ninguna parte estaría más lejos que allí. Esa misma tarde llamó una vez más a la casa de Montse, para decirle que se iba al fin del mundo. Pero una vez más le dijeron que la señorita Montse no estaba en la ciudad. Demasiado bien sabía él que le estaban mintiendo. Colgó el auricular, rabioso, con toda la fuerza que pudo. Intentó romper la imagen de Montse en su mente en mil pedazos. Se pasó toda la noche en vela, dando vueltas en su litera, muy cerca de Guillermo. Y en cuanto tocaron diana y tuvo un minuto libre se encaminó al banderín de engancho y le dijo al alférez: «Quiero ser legionario, mi alférez». Y el alférez, sin darle la posibilidad de repetirlo, se acercó el bolígrafo a la boca, le echó el aliento y garabateó el nombre de Santiago San Román. Luego le dijo: «¿Sabes firmar, muchacho?». «Sí, mi alférez.» Y el legionario le dio la vuelta al papel y le puso el dedo debajo de donde decía «firma y rúbrica», y aunque Santiago San Román no sabía lo que significaba aquella segunda palabra estampó allí su nombre, porque lo que él quería era ir al lugar más apartado del mundo, tatuarse una frase como la de aquel alférez, «Amor de Madre», olvidarse de Montse y no regresar nunca.

Pero ahora, viendo el rostro demacrado y angustioso de Guillermo, no estaba seguro de haber hecho bien al arrastrar a su amigo, el único amigo verdadero que

había tenido en mucho tiempo. Aunque fue Guillermo quien se empeñó en irse voluntario a la Legión cuando le enseñó la papeleta recién firmada. Por un momento se sintió emocionado al recordarlo. Nadie había hecho nunca por él nada parecido.

La música que sonaba por la megafonía del aeródromo lo devolvió de nuevo a la realidad. Los primeros compases de aquel pasodoble le removieron las tripas y lo desconcertaron. *Como el vino de Jerez y el vinillo de Rioja...* La energía de la música contrastaba con los cuerpos derrengados de los soldados. *Son los colores que tiene la banderita española.* A la voz de mando comenzaron a cargar los petates en dos camiones que esperaban a pie de pista. *Cuando estoy en tierra extraña y contemplo tus colores...* Santiago San Román no podía controlar sus pensamientos. *Y recuerdo tus hazañas...* Le parecía tener el rostro de Montse a escasos centímetros del suyo. *Mira si yo te querré.* «¿Cómo has dicho?», le había preguntado ella con los ojos clavados en los suyos. «Mira si yo te querré», respondió él. Y ella le había rozado los labios en una caricia que jamás volvió a sentir. Y él había repetido: «Mira si yo te querré». Pero aquel demonio de sargento les gritaba ahora al pie del camión, sacudía los brazos como un endiablado molino, les metía prisa y no dejaba de escupir insultos a los nuevos legionarios. Enseguida Santiago San Román se sintió herido en su amor propio, se encaramó al camión y saltó dentro; buscó su petate y se sentó en el fondo, sobre la rueda de repuesto. Una mirada a su alrededor desterró de su cabeza por el momento la imagen de Montse. La cara de aquellos saharauis tenía el color de la tierra que pisaban. Por un instante creyó

que eran la misma cosa. Parecía que los ancianos, sentados sin ocupación a la sombra del edificio militar, hubieran estado allí toda la vida. Se hacían visera con la mano y contemplaban a los soldaditos con una mezcla de compasión e indiferencia. Arrancó el camión. La música fue quedando atrás. Una montaña de polvo se levantaba al paso de los dos vehículos. Los pocos matorrales que sobrevivían junto al asfalto estaban totalmente blancos. El trayecto fue corto: enseguida aparecieron las primeras casas de El Aaiún. Santiago San Román contempló, con la respiración cortada, a la primera mujer vestida con una *melfa* de colores vivos. Caminaba elegantemente con el rostro erguido, en línea recta, con una capaza en la mano. El camión pasó a su lado y ella no volvió siquiera la cabeza. Su imagen fue quedándose pequeña mientras entraban en las calles de la ciudad. Santiago San Román no sabía dónde poner su vista. Todo le llamaba la atención. Mucho antes de llegar al cuartel, mientras pasaban cerca del mercado, la imagen de Montse se fue borrando de su mente. Y, cuando bajaron del camión, ya estaba seguro de que aquel lugar serviría para cicatrizar definitivamente sus heridas.